



BIOGRAFÍA

DEL

R. P. JOSÉ SOLER

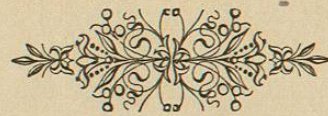
DE LA

COMPañÍA DE JESÚS

POR

EL P. JOSÉ M. BUSTOS

DE LA MISMA COMPañÍA.



MEXICO.

ANTIGUA IMPRENTA DE MURGUIA.

Avenida del 16 de Septiembre número 54.

1910

RAROS son en estos tiempos los hombres de carácter, se ha dicho y con razón: el medio ambiente en que vivimos no es favorable para producirlos. Por esto, cuando aparece alguno de ellos, no puede menos que cautivar la admiración de quienes lo contemplan, sobre todo cuando el carácter que le distingue se manifiesta únicamente en cualidades morales de alto precio. Pues tal ha sucedido con el sacerdote ejemplar, con el religioso observante, con el hombre de ciencia y de consejo, con el fiel amigo y benefactor magnánimo; tal es lo que ha pasado con el Padre Soler, cuya muerte acaecida el 18 de Agosto último (1909), aun lamenta gran parte de nuestra sociedad.

Era hombre de carácter, á no dudarlo, el sacerdote referido; carácter que á juicio nuestro se hacía notar de modo muy especial, en la inquebrantable rectitud de ánimo de que estaba dotado, y de la cual naturalmente se seguía, que fuese sincero como pocos, discreto y benigno, conocedor del corazón humano y muy particularmente de sí propio, y muy acertado en sus consejos y decisiones. Recordamos á este respecto, que el Sr. Lic. D. José de Jesús Cuevas, grande amigo suyo y entusiasta admirador de sus raras prendas, queriendo en cierta ocasión definirlo, y no encontrando frase más adecuada para hacerlo, nos decía: "El Padre Soler es un carácter", conformándose con tan gráfica expresión, que á su parecer contenía todas las dotes que adornaban á dicho Padre. También se debía

y esta cualidad, que su exterior fuese grave y respetable, al grado que desde muy joven presentaba ya el aspecto de hombre maduro y que algunos probaran cierto embarazo en acercarse á él para tratarle.

Pero no adelantemos pormenores, que ellos vendrán á su tiempo, á medida que vayamos delineando la figura del digno hijo de San Ignacio, que aunque en boceto y á grandes rargos, nos hemos propuesto dar á conocer á nuestros lectores.

I.

Nació el Padre Soler de honestos y cristianos padres el 25 de Agosto de 1829, en La Selva, diócesis de Solsona perteneciente á Cataluña. Contaba muy pocos años, cuando su padre, estando de viaje, perdió la vida á manos de unos ladrones. Tan funesto acontecimiento unido á la circunstancia de haber pasado á segundas nupcias la viuda del occiso, determinó el que un canónigo, padrino suyo, llevara al Padre Soler, niño aún, á su lado, y se hiciese cargo de su educación. Desde entonces dió este Padre muestra de poseer muy clara inteligencia y memoria felicísima, dotes que supo aprovechar apenas dió mano á los primeros estudios, y que lo pusieron en aptitud de emprender la carrera eclesiástica, por la que siempre tuvo decidida inclinación.

Trasladóse al Seminario de Vich para cursar la filosofía y después al de Solsona para darse al estudio de la teología. Los progresos que hizo en ambas facultades fueron muy notables, pues en los tres cursos de la primera y en siete que hizo de la segunda, siempre obtuvo sin variación alguna la nota de "Sobresaliente". Y no debe extrañarnos tan plausible suceso, porque el talento de este Padre era decididamente filosófico y estaba hecho para la metafísica, en la que se explayaba con gran placer y extrema facilidad. Varias veces le oímos decir que siempre había gustado en modo particular de estos estudios, porque encontraba en ellos grande satisfacción, sin que le causaran esfuerzo de ninguna clase ni por consiguiente la menor fatiga

En medio de tan señalados triunfos, ya había tenido que ejercer cierta clase de superioridad durante los cursos de teología; pues era costumbre en el seminario de Solsona, encomendar á los estudiantes que ofrecían mayor confianza, el cuidado y vigilancia de sus compañeros, ya en el interior, ya cuando salían del mismo colegio. Poco grato debió ser al Padre Soler este cargo, que después de una manera más formal tuvo que desempeñar por obediencia, aunque con tanto éxito como aplauso; porque casi por librarse de esa superioridad que siempre huyó, por mucho que fuese también por dar mayor amplitud á sus conocimientos, tan pronto como recibió la orden del presbiterado, que fué á los veintitrés años de edad, en las témporas de Septiembre de 1852, partió para Italia, á fin de consagrarse al estudio del derecho en una de las universidades que entonces gozaban de mayor prestigio. Llegó á Bolonia lleno de entusiasmo, creyendo que podría penetrar allí en los más íntimos secretos de la ciencia de Papiniano y ponerse así en aptitud de ejercer con mayor eficacia sus ministerios; pero á poco, decepcionado, tuvo que renunciar á ello: el carbonarismo infestaba y había hecho presa de aquella en otro tiempo tan célebre universidad, y los estudios dejaban ya mucho que desear.

Semejante contrariedad no hizo desistir de su intento al joven sacerdote. Se dirigió á Roma, adonde por ocultos caminos lo llevaba el Señor para que se determinara el género de vida á que lo tenía destinado y el lugar en que había de desempeñar con tanto lustre como provecho los cargos que se le confiaran. En efecto, una vez allí, se inscribió en la Universidad Pontificia de la *Sapienza* y se entregó al estudio del derecho con la misma asiduidad con que se había dado antes al de la filosofía y teología, y bien pronto vió coronados sus afanes, adquiriendo la ciencia por que tanto había anhelado. Mas como al mismo tiempo contrajese amistad con varios jesuítas españoles que á la sazón se hallaban desterrados en la misma ciudad, y sobre todo con el Padre Gil, que era entonces Asistente del R. Padre Becks General de la Compañía de Jesús, y con quien se confesaba, no tardó en despertarse en él la vocación religiosa. Madurado el asunto como era debido, lo presentó el Padre Gil

al Padre General, y admitido en la Compañía desde luego, se trasladó á la casa de San Andrés, para dar principio á su noviciado.

Era el mes de Junio de 1854 cuando esto pasaba, á la vez que el Padre Ignacio M. Lerdo llegaba á la ciudad eterna con el fin de conquistar algunos sujetos y traerlos á México, donde, como es sabido, bajo la administración del General Santa Anna, se había dado un decreto restableciendo la Compañía de Jesús. Pocos, muy pocos eran los jesuítas que quedaban ya en esta República, é insuficientes, por tanto, para dar siquiera principio á los nuevos trabajos que dicho restablecimiento requería, y á la institución de un colegio, en la capital, que era lo primero en que se había pensado para satisfacer á las repetidas instancias que á este respecto había hecho siempre la sociedad mexicana; y así, era preciso traer de otras partes algunos Padres y escolares que pudiesen bastar al intento. Con tal designio, el Padre Lerdo iba todos los días al Jesús, en donde por turno decían misa los novicios iniciados en el sacerdocio y tomaban después el desayuno, durante el cual los podía ver y hablarles sin dificultad. Y esta fué la ocasión en que indujo al Padre Soler, aprobándolo el Padre General, á optar por la Provincia de México y á inscribirse como miembro propio de ella.

No sabemos en qué términos realizaría esta importante conquista el Padre Lerdo; el hecho es que en pocas palabras y sin grande esfuerzo la llevó á cabo, y que el Padre Soler, que siempre tuvo grande concepto de la sabiduría y santidad del Padre Lerdo y hacía memoria de él con marcada veneración y afecto, recordaba y hablaba de este asunto dando muestras de no poco agrado. Es muy de creerse que eran muy semejantes las relevantes cualidades de que estaban dotados estos dos distinguidos varones, y que se comprendieron al punto que se trataron.

Agregado, pues, el sacerdote novicio de San Andrés á la República de México, desde aquel momento ya fué todo de ella hasta el fin de su vida. No le costó ningún trabajo informarse menudamente, en pocos días, de la situación que guardaba nuestra República, de sus hombres y de sus necesidades; así es, que cuando arribó á las playas de Veracruz con el estudiante jesuíta Don José Román Terán, el 4 de Octubre de 1855, ya es-

taba mejor informado de nuestras cosas que muchos de los nacidos en el suelo mexicano: tanta era la facilidad con que retenía en la memoria las menores circunstancias de hechos y personas, y tanta la afición que siempre tuvo al país á que había decidido consagrar por la gloria de Dios su vida y facultades. Se le destinó desde luego al colegio de San Gregorio, en donde estaban ya reunidos los pocos jesuítas que había en México, bajo el rectorado del Padre J. Basilio Arrillaga, que después pasó á manos del Padre Francisco Saurí, tan luego como hubo venido éste de Guatemala. Allí concluyó nuestro Padre su noviciado, sirviendo en la inspección de los alumnos, y el día 21 de Junio del siguiente año de 1856, hizo los votos del bienio ó primeros votos, cuando ya se presentaba triunfante la bandera de Ayutla, que había de arrasarse en medio del mayor desorden cuantas instituciones benéficas debíamos á la fe en que nacimos y á la piedad de nuestros abuelos, sin omitir desde luego á la Compañía de Jesús, que apenas acababa de ser restablecida después de larga ausencia y de haber pasado por las más acerbas pruebas.

Dos años duraron los cursos del Colegio de San Gregorio, que se había abierto, como hemos dicho, en virtud de un decreto que restableció la Compañía de Jesús, estando dotado con las haciendas de San José y San Antonio Acolman que de antiguo le pertenecían, y al cual acudieron presurosos los hijos de las principales familias de la capital, de tal manera, que desde el principio tuvo gran aceptación y contaba con el número de alumnos que podía contener. No se tomó en cuenta el grave trastorno que se iba á causar á los hijos de San Ignacio, que se habían reunido con grandes trabajos, viniendo de Europa los Padres Soler y Peña y el estudiante Terán, y de Guatemala, después de hacer penosísimo camino, los Padres Francisco Saurí, Francisco Barragán y Tomás Piquer que murió en el viaje; los estudiantes Ignacio Velasco y Antonio Espinosa que después conocimos ya de sacerdotes, y Gaspar Rodríguez; y los Hermanos coadjutores Juan Cenarrugabeitia y Lucio Posada; no se tomó esto en cuenta, repetimos: el Presidente Comonfort les notificó que salieran del colegio y lo entregaran, y ocupó las haciendas, apoyando la orden en el decreto que el Congreso

Constituyente se apresuró á dar apenas instalado, y por el cual derogaba el ya antes referido de restablecimiento. De esta manera volvieron á quedar las cosas como habían estado, con leves interrupciones, en el término de un siglo aproximadamente.

A consecuencia de semejante determinación, pasó el Padre Soler con el Padre Saurí y los estudiantes que hemos mencionado, al convento de San Fernando, en donde los buenos Religiosos que lo ocupaban, dieron alojamiento á estos restos dispersos de la Compañía, poniendo á su disposición un departamento del edificio en que pudieran vivir independientemente según su regla, y entregados al estudio, que era el objeto á que del momento tenían que consagrarse los que allí habían de permanecer. Se trataba sólo de los estudiantes que desempeñaron algunas clases en San Gregorio y debían continuar sus estudios cumplido su magisterio. El Padre Saurí fué nombrado superior, y después el Padre Lerdo, á causa de haberse enfermado el primero, y al Padre Soler se le encargaron dos clases: la de Teología y la de Moral.

Grave fué la carga que se vió obligado á llevar el nuevo profesor; porque como el Padre Lerdo tenía que atender á otras muchas ocupaciones, casi todo lo que tocaba al pequeño colegio pesaba sobre el primero. Aunque era contado el número de estudiantes, bastaban las clases para ocuparle todo su tiempo, y acaso la circunstancia de que fuesen muy pocos, como suele suceder en este género de estudios, le hacía más pesado el trabajo que si hubiese muchos. Sin embargo, el Padre Soler, gracias á los adelantos que había hecho en sus estudios, no tuvo dificultad en atender á dichas clases y desempeñarlas con el mayor acierto y naturalidad, como si se tratara de cosa la más común y corriente.

Así se pasó un año, de Noviembre de 56 á Octubre de 57, al cabo del cual los superiores, atendiendo á las circunstancias políticas del país, que cada día eran peores y en las que se encendía por momentos la persecución á la Iglesia y el furor revolucionario, tuvieron por más conveniente que el colegio provisional de San Fernando se disolviera, y que los estudiantes partiesen para Europa, á fin de dar término á sus estudios. Fué durante este corto período cuando ocurrió, según relación del

mismo Padre Soler, que visitando D. Miguel y D. Sebastián Lerdo de Tejada á su tío el Padre, les diese éste una severa y gravísima reprensión, diciéndoles que no había de recibirlos más y que podían excusarse de verle, á causa de la participación tan inmediata y directa que habían tomado en las leyes de desamortización de los bienes del clero.

El Padre Soler partió también para España, con el fin de dar el examen *ad gradum*; pues parece que ya se consideraba innecesario, atenta la solidez y brillo con que había hecho sus estudios, que repitiera estos, á lo menos en parte, como de ordinario se acostumbra en la Compañía; y así lo hizo, embarcándose en Veracruz para dirigirse á Salamanca, en los primeros días de Noviembre de 1857.

Muy poco tiempo permaneció dicho Padre en esta célebre ciudad y en España; pues apenas hubo llegado al colegio que tenían los Padres de la Compañía en la primera, hizo saber á los superiores que estaba dispuesto á dar el examen sin más dilación. Se le entregaron las tesis á este fin, y á los ocho días de recibidas, renunciando el plazo que suele concederse en tales casos para prepararlas, dió la prueba final de sus estudios á entera satisfacción de los examinadores.

Después de haber visitado algunas casas de la Compañía en España, entre otras el célebre santuario de Loyola, emprendió el viaje de regreso á México, de donde tal vez no se habría separado, si la circunstancia de tener que acompañar á los estudiantes que habían estado con él en San Fernando, no le hubiese ofrecido la ocasión de dar con más facilidad su examen en Salamanca. Llegó á la Habana, y en espera de las órdenes de los superiores, tuvo al fin que permanecer allí algún tiempo, á causa de que los asuntos políticos en México no se arreglaban por entonces, ni prestaban garantía suficiente para el ejercicio de los ministerios propios de la Compañía.

Sucedieron á la sazón, después del golpe de Estado que dió el Presidente Comonfort, los gobiernos conservadores de Zuloaga y Miramón; y aunque entonces renació alguna esperanza de que no continuara en México la persecución que se había desatado contra la Iglesia, la verdad es que el establecimiento del gobierno de Juárez en Veracruz, no dejó de inspi-

rar serios temores y de hacer dificultoso el paso para la capital. Con esto se vió obligado el Padre Soler á prolongar su permanencia en la Habana, y los superiores juzgaron que sería más conveniente, entre tanto no hubiese mayor seguridad, confiarle alguna de las clases del mismo Colegio de Belén en que se hallaba.

Cinco años duró el mal estado de cosas en México; pues bien sabido es que al efímero gobierno de Miramón sucedió el de Juárez, el cual siguió á la sangrienta lucha conocida con el nombre de "Guerra de tres años", en que el primero se cubrió de gloria por sus incontables triunfos y arrojo en las batallas, al mismo tiempo que el país era devastado por las numerosas guerrillas que lo assolaban, por los excesos y arbitrariedades que se cometían contra la Iglesia y el clero, y por el furor y apasionamiento con que se trataba de implantar y sostener el nuevo orden de cosas. Todo este tiempo, por consiguiente, y el que duró Juárez en el poder, tan funesto y azaroso como el que le había precedido, permaneció en la Habana el Padre Soler, entregado á las labores del magisterio y oyendo resonar los ecos que allí llegaban de una de las más lamentables y tristes épocas de nuestra historia.

Fué, pues, la clase de Retórica la que tuvo á su cargo en los años de 1859 y 1860, y en los tres siguientes hasta 1863, la de Filosofía. El afán con que se dedicaba á ellas y la habilidad que manifestó para facilitar y hacer grato á sus discípulos el estudio, dieron para éstos, en los exámenes, los más satisfactorios resultados.

Al mismo tiempo tuvo ocasión el Padre Soler de tratar allí á varias personas distinguidas de la Habana que lo eligieron para dirigir sus conciencias; á algunos personajes desterrados de México que á su paso por ese Puerto visitaban el Colegio de Belén, y á diversos Prelados y altos dignatarios eclesiásticos, que igualmente estrañados de su suelo natal, recibieron en él alojamiento. Con tal motivo, siempre estuvo bien informado de lo que pasaba entre nosotros, y tuvo oportunidad de conocer al Ilmo. Sr. Labastida, con quien después había de tener tan estrechas relaciones.

Al fin, triunfante la Intervención francesa que trajo al Im-

perio, y todavía en tiempo de la Regencia, fué llamado á México para desempeñar algunos cargos en el Colegio Nacional de San Ildefonso, que dicho gobierno provisional puso en manos de la Compañía de Jesús.

Aquí empieza la época de mayor influencia y actividad en la vida del Padre Soler con respecto á la sociedad mexicana.

II.

Era el mes de Septiembre de 1863. Grande animación se notaba en la ciudad de México, que ocupada poco antes por el ejército francés al mando del General Forey, parecía volver á la vida después de las angustias y postración en que se había hallado durante los años anteriores. Las noticias que se recibían de todo el país eran cada vez más halagadoras. Por todas partes se iba restableciendo el orden, y la esperanza de que llegáramos á tener un buen gobierno y con él se hicieran efectivas la paz y prosperidad por tanto tiempo deseadas, hacía latir los corazones y se reflejaba en todos los semblantes. Ya se veía al Imperio en perspectiva depurar la legislación de la escoria que en ella se había introducido, reparar las injusticias cometidas, hacer que la vida y propiedad gozaran de garantías hasta entonces desconocidas, y, en fin, elevar á México á la altura que por sus riquezas y favorables condiciones estaba llamado á gozar entre las naciones civilizadas. El aparato de que se rodeó la Regencia, á que daba no poco realce el ejército interventor, y la participación que en la cosa pública tomaban las clases más distinguidas, á las que se había postergado antes y aun perseguido, por no querer aceptar principios que pugnaban con sus conciencias y consideraban subversivos y contrarios al bien público, daban visos de seguridad al éxito y hacían crecer el entusiasmo.

Pero ¡cuán engañosa fué esta esperanza y cuán ilusorias las promesas que se hizo á sí mismo el país con la empresa acometida! Los acontecimientos que siguieron, mostraron con evidencia que el Imperio proyectado no fué más que un gran error y un grande fracaso. Sin embargo, preciso es reconocer, por